

FUSTER, IGNASI X.

*El comenzar y el destinarse de la persona humana. La cuestión de Dios después de Auschwitz*, Balmes, Barcelona, 2013, 231 pp.

Este es, seguramente, el trabajo más interesante del autor por la temática abordada, pues como en el título se indica, en él se indaga acerca del origen y del destino de la persona humana, los dos temas más relevantes de la antropología. Centrar la atención en los *temas* del origen y del destino de la persona humana en nuestros días, tras las versiones aporéticas ofrecidas al respecto por la filosofía contemporánea (Nietzsche, Heidegger, Sartre...) y la falta no sólo de respuesta postmoderna a ellas, sino incluso la carencia de su formulación, es signo de valentía. Además, el tratar de darles respuesta ‘metafísica’ y no conformarse con meras descripciones ‘fenomenológicas’ es abordar esos temas con el *método* que se considera más riguroso.

El libro está dividido en dos largos capítulos y una extensa *Introducción*, más la *Bibliografía* final. El primero está centrado en el tema del *origen* del ser humano; el segundo, en su *destino*. En la *Introducción* el profesor Fuster distingue tres dimensiones en el ser humano: la *biológica*, que conforma la corporeidad humana y todas sus potencias sensibles; la *esencia* humana, conformada por lo psíquico (las facultades inmateriales —inteligencia y voluntad—), y el *acto de ser* personal, espíritu o intimidad humana. De acuerdo con esta tripartita división, que recuerda, como el autor mismo reconoce, a los profundos hallazgos de la *antropología trascendental* de L. Polo, las preguntas acerca del origen y del destino humano hay que referirlas a cada uno de estos tres niveles de lo humano.

En cuanto al origen del ser humano, Fuster admite que el alma humana procede del ‘ser del alma’; por su parte, el cuerpo, es vivificado por el alma como por su principio, pero procede ‘*ex hominis*’, pues los padres aportan la corporeidad de la nueva persona humana. Por otro lado, “el acto de ser no tienen ningún origen conocido en el orden de lo creado” (p. 121), por lo que cabe preguntar: “Entonces, ¿de dónde viene?” (p. 122). Como respuesta cabe indicar que, si en el alma se puede distinguir entre la ‘esencia’ y el ‘acto de ser’, y si éste es acto respecto de la esencia del alma, por un lado, el alma

procede de Dios (cfr. p. 133); de ese modo cabe sostener que ‘el origen del concebido es Dios y el hombre’ (cfr. *Ibid.*); por otro lado, cabe añadir que el ser personal tiene a Dios como *el Origen* (cfr. p. 136). Con ello se concluye que, después la ‘hora atea de Auschwitz Dios no ha muerto’ (cfr. *Ibid.*), porque “sólo Dios ha podido crear un espíritu” (p. 138).

En cuanto al tema del *destino*, ‘cuestión que más preocupa al hombre’, pues ‘la existencia humana es un destinarse’ (cfr. p. 147), el autor indica que el destino de la *naturaleza* corpórea humana es estar al servicio de lo racional y volitivo (cfr. pp. 182-3), es decir, de la *esencia*. Por su parte, el destino de la *esencia* humana no puede ser ajeno al del *ser* personal. Desde luego que el destino de la *esencia* humana es alcanzar la verdad y el bien, poseer el ser, la realidad (cfr. p. 184), pero en último término, el *ser*: “el *destino último y radical* de lo racional apunta al ser personal o espíritu... El destino de la esencia humana es el ser personal... La esencia es anhelo de ser, es decir, *amor essendi*” (pp. 186-7). Por su parte, el destino del espíritu humano es volver al *Origen del espíritu, Amante primero, Libertad originaria, Espíritu eterno*.

Al preguntarse por la génesis y el fin del ser humano, Fuster indica que comparecen otros dos temas nucleares para la antropología, el *tiempo* y el *mal*. Por lo que se refiere al *tiempo* humano, el autor sostiene que éste mide la distancia entre el origen del hombre y su destino. Es claro que el tiempo afecta a la biología humana. Pero ¿afecta y cómo a la esencia humana y al acto de ser humano? Sus respuestas dicen así: “Nuestra esencia es temporal” (p. 210); el tiempo íntimo es ‘subjetivo’ (cfr. p. 212); es “la medida del anhelo de uno mismo” (p. 215. cfr. *Ibid.*, 216). Fuster distingue también el tiempo de las manifestaciones humanas, la historia, del tiempo evolutivo del cosmos, señalando que “la historia es la temporalidad humana mediada por la libertad” (p. 217).

En cuanto al problema del *mal*, que ‘transforma la misma temporalidad del hombre’, el autor pregunta: si el destino de la intimidad humana es el Dios personal, ¿por qué tanto silencio de Dios en tantas circunstancias humanas tremendamente negativas?, ¿por qué Dios se oculta y calla?, ¿qué quiere enseñar al hombre con su ocultamiento? Entendido el mal desde la visión tripartita de lo humano,

se puede comprender en los tres niveles como el ‘no destinarse’. En este sentido, la muerte biológica es la falta de sentido en la *naturalidad corpórea* humana, ‘la privación de la corporeidad’. Tras ella “sólo resta un círculo vital y natural: el círculo de lo racional y lo personal” (p. 198). El alma —afirma el profesor Fuster— es inmortal; el ser personal, indestructible. Por su parte, el mal moral es la falta de destino en la *esencia* humana, la falta de perfeccionamiento humano. Y la muerte interior es el mal del *ser* personal, la desesperación. Por lo demás, Dios, que respeta la libertad humana, “respeta el misterio fatal de la culpa humana” (p. 208), y no por ello deja de ser el Origen y el Destino de la persona humana.

El estilo literario de este trabajo contiene un lenguaje asequible a un público amplio; la redacción recuerda la forma nietzscheana, llena de simbología, adjetivación y abundancia de signos interrogativos. ¿Ventajas de su planteamiento? Tal vez valga la pena resaltar una: la distinción real en el hombre entre *persona* y *alma* (cfr. p. 143), es decir, entre *acto de ser* y *esencia*. ¿Observaciones que se podrían hacer a esta obra? Tal vez dos: Una de *método*, a saber, la no suficiente distinción metódica entre dos niveles noéticos humanos: el que permite conocer los temas de la *metafísica* y el que favorece alcanzar los de la *antropología de la intimidad* (“he intentado, a través de la vía de una *antropología metafísica*, acercarme al máximo al ser personal” (p. 141). No obstante, ambos niveles son distintos según jerarquía; el inferior, el de la metafísica, tiene como temática lo *impersonal necesario*; por eso accede a Dios como Origen o fundamento; el de la antropología, en cambio, tiene como tema lo *personal libre*; por eso accede al ser divino como ser personal, amante y destino libre de la persona humana. Otra sugerencia puede ser de *tema*: tal vez sea oportuno establecer un mayor discernimiento entre la ‘actividad’ y la ‘pasividad’ que se predicán del ser humano, pues ambas se afirman tanto de la *naturalidad corpórea* humana (cfr. p. 181) como de la *esencia* humana (cfr. pp. 185-6), e incluso de su *ser* (cfr. p. 186). Pero esto es fácilmente subsanable en próximas ediciones de este buen trabajo.

Juan Fernando Sellés. Universidad de Navarra  
jfselles@unav.es